

Una *Divina Retribución*: la batalla de Toro en la mentalidad castellana

La entrada de un ejército portugués en Castilla, al mando de Alfonso V, y la proclamación de doña Juana como reina de Castilla, en Plasencia, rompen la paz entre ambas monarquías, lograda tras ímprobos esfuerzos, sometida a graves tensiones durante mucho tiempo, pero aparentemente consolidada durante el reinado de Enrique IV, el monarca recientemente fallecido. Abren también una guerra civil en Castilla, de graves consecuencias, aunque menos profunda de lo que, basándose en los informes recibidos de sus partidarios castellanos, había previsto Alfonso V, razón esencial por la que no logró sus proyectos. Reabren, en fin, viejos rencores, soterrados pero no olvidados, secuela del viejo enfrentamiento castellano-portugués, de sentido inverso, casi un siglo anterior, que también había contado con un importante componente de guerra civil.

Esos hechos establecen un indudable paralelismo entre las operaciones dirigidas por Alfonso V de Portugal y las protagonizadas por Juan I de Castilla y también entre sus resultados finales. Los ecos de Aljubarrota permanecen agazapados en la conciencia castellana, a pesar de los tratados de paz¹, exigen una revancha, y hallan en la batalla de Toro el cierre de un largo proceso histórico y una explicación a los acontecimientos en su conjunto: el primer sufrimiento habría sido permitido por Dios, que se reserva para sí la justicia y ofrece su *divina retribución*, cuando su Providencia lo estima oportuno.

La cuestión sucesoria

El testamento de Juan II había reconocido como sucesor a su hijo Enrique, Príncipe de Asturias, y otorgaba derechos a la herencia, si éste falleciese sin hijos varones legítimos, a los hijos de su segundo matrimonio, Alfonso e Isabel, sucesivamente. Son disposiciones acordes con la costumbre castellana, que, sin embargo, fueron complicándose por los posteriores acontecimientos.

¹ Agudamente había observado el rey Duarte en instrucciones a sus representantes ante el Pontificado, en mayo de 1437, que los tratados de paz no puedan arrancar de los corazones las profundas raíces de los odios y malquerencias. *Monumenta Henricina*. Coimbra, Atlántida, 1960-1974. vol. VI, doc. 24.

La sentencia de nulidad del matrimonio del príncipe Enrique y Blanca de Navarra presenta las primeras aristas. Fue declarada por un arcediano, Luis de Acuña, no un obispo (aunque luego sería obispo de Burgos); la causa alegada fue la no consumación, al cabo de trece años de su celebración, por impotencia parcial de Enrique, en relación con Blanca, lo que no le impide la consumación de otro matrimonio, como prueba su virilidad acreditada por testimonios, eso sí, nulos en derecho². La negociación del nuevo matrimonio, con Juana de Portugal, sin dote y con garantías económicas por parte del novio, muestra las dificultades que ofrece el proyecto.

Matrimonio en grado de parentesco que requiere dispensa pontificia, que fue solicitada; Nicolás V comisionó a tres preladados castellanos para que la concediesen, si las razones alegadas eran ciertas, pero no consta que ninguno de los tres se pronunciase en ningún momento al respecto. Casi siete años tarda en nacer la única hija del matrimonio, Juana, (28.II.1462) lo que, unido a la causa de disolución del primer matrimonio, pudo suscitar alguna duda y los primeros rumores. Fue jurada heredera por las Cortes, reunidas en Madrid en el siguiente mes de mayo; sabemos que algunos nobles hicieron redactar protestas secretas por dicho juramento, pero ninguna menciona la posible ilegitimidad de Juana: acaso su fundamento sea la alteración de las disposiciones sucesorias establecidas por Juan II.

No obstante, hasta el verano de 1464, y ello en el marco de la lucha entre dos diferentes concepciones de la Monarquía, no se hace público ningún documento que ponga en duda la paternidad de Enrique IV: lo hace el manifiesto de Alcalá, de junio de este año, cuando, al denunciar la supuesta cautividad de Alfonso e Isabel, “primogénitos y legítimos sucesores”, para privarles de su derecho al trono, se afirma que se pretende dárselo “a quien de derecho no le pertenece”. En septiembre, la nobleza reunida en Burgos niega abiertamente que Juana sea hija del rey. La tímida respuesta del rey, un proyecto de matrimonio de Juana con el príncipe Alfonso, no resolvía las demandas de reforma planteadas por los nobles y daba nuevo aliento a las maledicencias.

El destronamiento de Enrique IV, conocido como *farsa de Ávila*, era comunicado al reino en una carta, firmada por el proclamado rey, Alfonso, en la que abiertamente se atribuía la paternidad de la Princesa a Beltrán de la Cueva, inducido por el propio monarca para lograr sucesión. Las nuevas negociaciones para casar a Isabel con Alfonso V, y las posteriores para reconciliar ambos bandos, nuevamente sobre la base del matrimonio de Alfonso y Juana, o de Isabel y Pedro Girón, añadieron mayor confusión. En esa indecisa

² Una excelente síntesis sobre el reinado de Enrique IV, Luis Suárez Fernández, *Enrique IV de Castilla*. Barcelona, Ariel, 2001.

situación se producía el fallecimiento del Príncipe Alfonso (5.VII.1468): la herencia enfrentaba ahora a dos mujeres, lo que excluía cualquier solución intermedia por vía de matrimonio³.

Concluida la negociación, Enrique IV reclama el regreso a la Corte de la reina Juana, que había sido puesta bajo custodia del arzobispo Fonseca, como garantía del proceso. Ahora se añade el definitivo factor de confusión: la reina se halla embarazada de un sobrino del arzobispo. Su adulterio es reciente, pero valida toda la campaña de difamación. Esa situación de ánimo de Enrique explica en gran parte la negociación que conduce al acuerdo de Cebreros-Cadalso de los Vidrios (18.IX.1468) ratificado al día siguiente en los Toros de Guisando⁴. Isabel era reconocida heredera, sería jurada por las Cortes, y contraería matrimonio de acuerdo con su hermano; Enrique, informado de no haber estado legítimamente casado, se divorciaría de Juana, que sería devuelta a Portugal. En cuanto a la “hija de la reina”, que permanecería en Castilla, se excluía su legitimidad, pero no se explicaba la razón de la misma.

Se incumplieron compromisos por parte de Enrique IV (separación pública de su esposa, envío de Juana a Portugal, juramento de Isabel por las Cortes, presiones para casarla con Alfonso V) que de hecho invalidan los acuerdos de Cebreros-Cadalso; por su parte, Isabel decidió contraer matrimonio con Fernando, la decisión está tomada desde comienzos de 1469, abandonó Ocaña y comunicó a su hermano su proyectada boda, pidiendo su aquiescencia, porque entendía que actuaba según los acuerdos establecidos: su fuga de Ocaña estaba motivada porque se pretendía imponerle un matrimonio, lo que iba también contra aquellos acuerdos.

El matrimonio de Isabel y Fernando, sin consentimiento expreso de Enrique IV, fue invocado como ruptura de los acuerdos y argumento de Pacheco para anularlos y relanzar los derechos de Juana. Era sumamente difícil porque la supuesta desobediencia de Isabel no legitimaba a Juana, fuera cual fuera la causa de ilegitimidad invocada, pero constituye el fundamento de los actos de Valdelozoya (26.X.1470): Enrique IV deshereda a su hermana por su desobediencia; Juana jura que su hija Juana es hija legítima de Enrique IV, hecho ratificado por el rey; Juana es reconocida heredera y se celebran sus desposorios con el duque de Guyena.

³ La etapa de Isabel como heredera de Castilla ha sido analizada por Isabel del Val Valdivivies, *Isabel la Católica princesa*. Valladolid 1974.

⁴ El análisis más completo del reinado de los Reyes Católicos es obra de L. Suárez Fernández. Su primer volumen, *Los Reyes Católicos. La conquista del trono*. Madrid, Rialp, 1989, abarca desde el periodo de Isabel como princesa hasta las Cortes de Toledo de 1480. Del mismo autor, *Isabel I, Reina*. Barcelona, Ariel, 2000, y *Fernando el Católico*. Barcelona, Ariel, 2004. Este autor había expuesto inicialmente su visión del acuerdo en “En torno al pacto de los Toros de Guisando”, *Hispania*, 23, 1963, 345-365.

La respuesta de los partidarios de Isabel, manifiesto de 21 de marzo de 1471, incluye el texto de los acuerdos de Cebreros-Cadalso, reitera la ilegitimidad de Juana, allí establecida, y afirma la infidelidad de la Reina y la ilegitimidad de su matrimonio. Los derechos de Isabel se basan en aquella ilegitimidad, ya negada en las protestas realizadas ante el juramento de Juana por las Cortes y plenamente afirmada por el propio Enrique IV en los citados acuerdos. El incumplimiento de los acuerdos por Enrique IV y las indebidas presiones para casarla contra su voluntad explican la conducta de Isabel y su decisión de casar con Fernando, que es el príncipe más conveniente para Castilla.

En los meses siguientes se produce, pese a las dificultades, una progresiva mejora de la situación de Isabel. Los fallidos proyectos matrimoniales de Juana con Alfonso V de Portugal o con el Infante Fortuna, la legación de Rodrigo Borja, que gana a los Mendoza a la causa isabelina, y el descarado asalto de Pacheco y otros linajes a la autoridad monárquica, van sumando partidarios a Isabel. La reconciliación de la Princesa con su hermano, escenificada en Segovia (diciembre 1473), constituye, de hecho, la anulación de Valdelezoya, aunque no se tomó decisión alguna al respecto.

Tampoco en los meses siguientes se despejó el panorama sucesorio, a pesar del visible avance de la enfermedad de Enrique IV; al contrario, se complicó aún más por la toma de posiciones de algunos personajes, los intentos de implicar a Alfonso V de Portugal, o la invasión francesa del Rosellón. Así, sin expresar voluntad alguna al respecto, se produce la muerte del monarca (12.XII.1474).

La situación castellana

Al día siguiente fue proclamada Isabel reina de Castilla y, en los días siguientes, reconocida en la práctica totalidad de las ciudades con representación en Cortes; no se trata de un movimiento de entusiasmo, sino, casi siempre, de una compleja toma de posición de las oligarquías urbanas. No tuvo lugar en cambio ningún pronunciamiento a favor de Juana. El 2 de enero de 1475 llegaba Fernando a Segovia, en un ambiente lleno de rumores y desconfianza.

La nobleza se hallaba profundamente dividida entre partidarios del reforzamiento del poder monárquico y quienes consideraban imprescindible su control, haciendo del Consejo el verdadero órgano de gobierno; permanecía aún el recuerdo de los Infantes de Aragón que todavía suscitaba apoyos entusiastas y violenta oposición, y Fernando era un “nuevo infante de Aragón”; no era cuestión menor la del ejercicio del poder por una mujer y los derechos que corresponden al marido.

Una solución global a los problemas iniciales planteados la ofrece la denominada “concordia de Segovia”⁵, acuerdo entre facciones políticas rivales para la creación de un gobierno dual, seguramente un éxito de Mendoza que se impone a Carrillo, ya dispuesto a optar por Juana como solución. No hay novedades importantes en los nombramientos de cargos, pero sí una clara tendencia a la recuperación del poder real, conservando a la nobleza su estatus privilegiado, a la recuperación del orden en las ciudades y a la objetivación de la justicia. Las medidas iniciales de consolidación culminan con la convocatoria de Cortes, que habían de reunirse a mediados de marzo de 1475.

Pocas semanas después de la proclamación de Isabel, definida la forma de gobierno, se contaba con el apoyo de la mayor parte de la nobleza, excluidos los Stúñiga y los Pacheco-Girón, a los que se suma enseguida Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo. Es un grupo importante, pero incapaz por sí mismo de sostener la candidatura de Juana, solo viable si contaba con apoyo exterior, que únicamente podía proceder de Alfonso V.

Restaba la espinosa cuestión del destino de Juana que junto a su madre, la reina Juana, se hallaba en el alcázar de Madrid, bajo la custodia de Diego López Pacheco. A los primeros intentos de negociación por parte del marqués de Villena sobre su futuro, respondieron los Reyes exponiendo una postura que mantendrán inamovible: la Reina debería volver a Portugal; su hija se incorporaría a la Corte hasta que se le hallase un matrimonio adecuado, probablemente con don Enrique “Fortuna”, hijo de Enrique, infante de Aragón.

La ruptura de las negociaciones y la airada salida de la Corte de Alfonso Carrillo (20-II-1475), que se instala en Alcalá de Henares hacen pensar al marqués de Villena que se trata del comienzo de un levantamiento que dejaría gran parte de la mitad meridional del Reino fuera del control de los Reyes. Por ello pedirá ayuda a Alfonso V, pero es una petición que se hace sobre una base errónea porque no se producirá el esperado levantamiento ciudadano, ni los linajes nobiliarios dispuestos a apoyar a Juana son otros que los citados, y en el caso de los Stúñiga por egoístas motivos personales. Por estas razones, autorizadas opiniones se oponen a la intervención portuguesa, que apoyan únicamente los enemigos de la casa de Bragança, parientes de la reina Isabel.

Isabel cuenta con apoyos en la mitad norte del reino: la fachada cantábrica, la meseta septentrional, salvo algunas excepciones como los señoríos de los Stúñiga, o algunas ciudades divididas, como Burgos, y la Rioja. Gali-

⁵ 1475, enero, 15. A.G.S. Patronato Real, leg. 12, fol. 29. Citado por L. Suárez Fernández, *La conquista del trono...*, pág. 85.

cia, profundamente dividida por la guerra irmandiña, ofrece en su parte meridional, especialmente Tuy, controlada por Pedro Álvarez de Sotomayor, conde de Caminha, una posible base de operaciones al monarca portugués. También Murcia, no sin concesiones, es territorio enteramente isabelino.

Los partidarios de Juana se hallan al sur del Sistema Central; cuenta con los dominios de la Orden de Calatrava y del marquesado de Villena, pero son muchos también los isabelinos, como en Andalucía, donde además de un intenso enfrentamiento entre linajes, se suma el problema converso. En todo caso, las respectivas posiciones están estrechamente entremezcladas y cualquier acontecimiento importante podría modificar sustancialmente la situación. Era la esperanza de Alfonso Carrillo que contaba con lograr, como en el pasado, un levantamiento de los Grandes, que no se produjo en esta ocasión.

Uno de los mayores problemas que podía plantear la cuestión sucesoria era la de su internacionalización, en especial por los contrapuestos intereses de Castilla y Aragón, desde mucho tiempo divergentes en sus alianzas internacionales y ahora obligados a desarrollar una política común: Castilla, firme aliada de Francia, desde el tratado de Toledo de 1368; Aragón, hostil a Francia que ahora, además, acababa de invadir Rosellón. Para Castilla era imprescindible conservar la amistad con Francia, de la que dependían importantes intereses económicos, pero era imposible no ofrecer apoyo a Aragón en la defensa de sus derechos en Rosellón y Cerdeña.

En esa situación, llega a París una embajada portuguesa que exponía los proyectos de Alfonso V; también un informe del marqués de Villena con datos sobre el esperado levantamiento. Luis XI respondió con otra embajada que debía calibrar mejor una situación que le parecía menos favorable de lo que le decían y ofrecer, en su caso, una alianza a Portugal e infundir ánimo al marqués de Villena. Su interés estaba en eliminar a Borgoña y, en todo caso, utilizar el conflicto peninsular. Para Isabel y Fernando el objetivo sería derrotar a Portugal, si se producía invasión, y poner en pie la alianza de Borgoña, Inglaterra y Bretaña contra Francia. En medio, Navarra, largamente desgarrada por la lucha entre agramonteses y beamonteses, ofrecía una vía de penetración a Francia y podía forzar a una intervención castellana.

Ese tenso equilibrio se rompe como consecuencia de la intervención portuguesa, significativamente coincidente con el abandono de la corte por Alfonso Carrillo. En febrero de 1475 Alfonso V dirige cartas a los grandes incitándoles a la defensa de los derechos de Juana; los Reyes enviaron negociadores ante ambos: al prelado para atraerle a la obediencia; al rey de Portugal para convencerle de que defendía una causa injusta.

En ambos casos fracasaron, lo que obligó a adoptar las primeras medidas de guerra. Mientras Juana era trasladada de Madrid a Trujillo, donde fue proc-

lamada reina (finales marzo 1475) Alfonso V respondía que había aceptado la propuesta de matrimonio con su sobrina y reclamaba para ambos el trono de Castilla⁶. La guerra era inevitable.

Inmediatamente comienzan los preparativos, que traslucen cierta precipitación: asegurar la frontera con Francia, mediante una negociación, aunque solo fuera para ganar tiempo, para evitar un posible ataque en dos frentes; aislamiento y, si era posible, atracción de los nobles reunidos en Trujillo; convocatoria de un ejército numeroso, aunque no fuera de gran calidad; acopio de recursos económicos. Parece que se pretendía un encuentro rápido, resolutivo.

Antes de la guerra se hace un último intento de ganarse el apoyo de Alfonso Carrillo, empresa en la que colabora Pierres de Peralta, embajador de Juan II, pero que protagoniza la propia reina; a comienzos de mayo, partió de Valladolid con destino a Alcalá para entrevistarse con el arzobispo. La actitud del prelado, propia de un jefe de bandería de tiempo pretérito, hizo imposible siquiera la entrevista, pero el viaje permitió a la reina convertir Toledo en un bastión de fidelidad indiscutible. Mientras, Fernando adoptaba medidas de defensa ante la frontera de Portugal, cuando ya comenzaban a llegar noticias de la concentración de tropas portuguesas.

No faltaban problemas internos, como el levantamiento de Alcaraz (III-V-1475) contra el señorío del marqués de Villena, que, aunque pudiera favorecer los proyectos regios constituyó una complicación, de hecho un primer acto de la guerra, o el enfrentamiento entre Alfonso de Cárdenas y Enrique de Guzmán, duque de Medinasidonia, en pugna por el maestrazgo de la Orden de Santiago, que produjo graves enfrentamientos en Extremadura precisamente en el momento en que Alfonso V está reuniendo sus tropas al otro lado de la frontera.

Primeras operaciones

A comienzos de mayo, el ejército portugués, concentrado en Arronches, iniciaba su movimiento hacia la frontera, que atravesaba el día 10⁷. Sin duda, su destino era Plasencia, donde se hacían preparativos para la proclamación de Juana, ceremonia que tuvo lugar en esta ciudad el día 25. Cuatro días después, Juana y Alfonso se desposaron aunque aplazaron su matrimonio hasta disponer de dispensa pontificia.

⁶ Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*. Ed. J. de M. Carriazo. Madrid 1943. 2 vols. Vol. 1, págs. 160-161.

⁷ Cuenta con unos efectivos de unos 5.600 caballeros y 15.000 infantes. Luis Adao da Fonseca, *D. João II*. s.l., Circulo de Leitores, 2005, pág. 37.

El día 30, Juana firmó un manifiesto en que defendía su legitimidad, avalada por su reconocimiento por las Cortes, y ratificada por el acto de Valdeozoya. Isabel había sido reconocida por medio de un acto de fuerza, luego invalidado, nunca fue jurada por las Cortes y había decaído en sus eventuales derechos por contraer matrimonio contra la voluntad del rey. El resto del manifiesto se pierde en argumentos tan radicales que se desautoriza a sí mismo. La impresión inicial de Alfonso V hubo de ser desalentadora: no se contaba con los efectivos ni con el dinero prometidos, ni se producía el esperado movimiento de rebelión interno.

Isabel y Fernando respondieron al manifiesto titulándose reyes de Portugal; ignorando Aljubarrota y casi un siglo de historia, retomaban su curso en los derechos de su común bisabuelo, Juan I, adquiridos por su matrimonio con Beatriz⁸. El nexo es esencial para entender correctamente la posterior explicación castellana de los acontecimientos.

A comienzos de junio Alfonso V parte de Plasencia y, por Béjar, se dirige a Arévalo, centro de los dominios de los Stúñiga, sin combatir ninguna de las fortalezas enemigas y sin recibir adhesión alguna; allí permaneció un tiempo dudando si acudir en socorro de la sitiada fortaleza de Burgos, por temor a quedar cercado en país enemigo. Mientras, Isabel, desde Madrid, viaja por Madrigal a Medina, donde llega el 2 de julio, cruzando tras las líneas enemigas, demostrando que los portugueses no controlan las vías de comunicación con su retaguardia.

El ofrecimiento de obediencia de Toro a Alfonso V y la resistencia del castillo precipitan los acontecimientos. Isabel y Fernando se trasladan de Medina del Campo y Valladolid, respectivamente, a Tordesillas (9.VII.1475). Allí reúnen un considerable ejército en que se halla presentes todos los Grandes⁹, pero resultado de un agregado de fuerzas nobiliarias, o tropas con poca disciplina; carecía de transportes, víveres y máquinas de guerra, de modo que resultaba inadecuado para algunas operaciones militares.

El 16 de julio inicia su marcha el enorme ejército venciendo las pequeñas resistencias que halla, pero marchando con gran lentitud. Precisamente entonces Alfonso V lograba la entrega de Zamora, a la que se sumaban otras poblaciones menores, que configuraban un núcleo portugués en el bajo Duero, de Castronuño a Urueña, con cómoda comunicación con Portugal. Los castellanos avanzaron sobre Toro, con la esperanza de que Alfonso V aceptase la

⁸ 1475, junio, 16. Ávila. A.G.S. Sello, 1475-VI, fol. 510-2. Otra carta de la reina, de fecha 20 de este mes, Ibid. 496. Publicadas por Antonio de la Torre y Luis Suárez Fernández, *Documentos referentes a las relaciones con Portugal durante el reinado de los Reyes Católicos*. Valladolid 1958. vol. I, págs. 59-65.

⁹ Fernando del PULGAR, *Crónica...*, vol. I, págs. 170-171. El contingente se estima en 10.150 y 20.000 peones. L. Suárez Fernández, *La conquista del trono...*, pág. 130.

batalla: era su única posibilidad porque tal volumen de combatientes no podía permanecer sobre el campo más tiempo. El 24 de julio estaban de nuevo en Tordesillas; el castillo de Toro se rindió a los portugueses.

El balance era claramente favorable a Alfonso V: disponía de importantes territorios en Castilla, sería amenaza a las posiciones enemigas, y comenzaba a actuar como verdadero rey de Castilla. Casi simultáneamente, Eduardo IV de Inglaterra, falto de apoyo de sus aliados borgoñones y españoles, había de reconocer el fracaso de su acción en Francia; firmó el tratado de Picquigny (29.VIII.1475), casi una confesión de derrota. Ahora, Luis XI intervendría en ayuda de Portugal; a comienzos de septiembre ratificaba su vieja alianza con Castilla, naturalmente aquélla de la que era “rey” Alfonso V.

El monarca portugués no marcha hacia Burgos, como parecería lógica estrategia, para apoyar al sitiado castillo, sino hacia Arévalo, donde se detiene de nuevo un largo periodo a la espera de un ataque francés en el norte; mientras, los Reyes se preparan para una guerra larga y refuerzan posiciones en Andalucía, la Meseta Meridional y Extremadura. Desde finales de agosto su artillería batía el castillo de Burgos cuyo asalto se preparaba ya.

Alfonso hubo de decidir la partida hacia el norte, por Peñafiel. A cerrarle el paso, con escasas fuerzas, acudió a Baltanás Rodrigo Alfonso Pimentel, conde de Benavente, que fue desbordado y hecho prisionero (18.IX.1475). Tras la victoria de Baltanás, en lugar de proseguir su camino hacia Burgos, Alfonso V retrocedió a Peñafiel y de allí nuevamente a Arévalo: acaso la falta de adhesión popular, o ciertos movimientos de secesión, especialmente en Zamora le aconsejaron el regreso. Pero, al abandonar Burgos, ofendía a los Stúñiga y sembraba el desconcierto entre sus partidarios. Isabel visitaba Baltanás y adoptaba medidas de recuperación: creaba adhesión popular.

Alfonso V volvió a Zamora; contando ahora con la alianza de Francia, así se lo comunicaron estando en Arévalo, tenía más sentido esperar a la primavera para una acción conjunta; entretanto era preciso consolidar sus posiciones en el territorio que ocupaba y ampliarlo, si era posible: tal es la toma de Cantalapedra, y las ocupaciones de Portillo, Mayorga y Villalba de los Alcores, entregadas por el conde de Benavente como garantía de su liberación, con permiso de los Reyes, que le recibieron como a un héroe. Fracasó el intento de Alfonso V en Castrotorafe y, lo más grave, se mantenían síntomas de disidencia en Zamora: a pesar de los éxitos cosechados por el ejército portugués no se incrementaban las adhesiones.

El proyecto era bueno si se contase con la colaboración francesa y la aceptación castellana; pero Luis XI solo estaba interesado en el Rosellón y la sumisión de la población castellana era más difícil cuanto más se ampliaba el territorio controlado por el ejército portugués. Ese invierno son numerosos

los avances de los isabelinos en Extremadura, y en el Campo de Calatrava y el marquesado de Villena, bastiones del enemigo.

A esa situación se suma la pérdida de Zamora, donde en las últimas semanas se habían desarrollado contactos para lograr que abandonara el partido del rey de Portugal; el momento adecuado sería la partida de parte de la guarnición al encuentro de las tropas de refuerzo que traía el príncipe Juan. Ante los rumores de traición, Alfonso V exigió la apertura de las puertas de las torres del puente; la negativa a hacerlo provocó una batalla en torno a ellas que mostró la posibilidad de que el monarca portugués y otros grandes quedasen encerrados en una ciudad que se había hecho hostil. Esa misma noche, Alfonso, Juana y Alfonso Carrillo huyen de la ciudad (4.XII.1475). Pocas horas después entraba Fernando en la ciudad con sus tropas; la guarnición portuguesa se encerró en el castillo y en la catedral, inmediatamente batidos por la artillería isabelina.

El curso de la guerra tomaba un camino absolutamente diferente: Alfonso V pasaba a una estricta defensiva sin poder siquiera ayudar a los suyos cercados en Zamora, a la espera de los refuerzos que trajera el príncipe Juan, que tropezaba con serias dificultades económicas. Dado el sesgo de los acontecimientos, Iñigo López de Stúñiga rindió el castillo de Burgos, del que tomó posesión Isabel el 28 de enero de 1476. Se iniciaba un rápido proceso de acercamiento de la nobleza al partido de los reyes.

La batalla

1. Operaciones previas

A finales de enero, el príncipe Juan, que ha permanecido en Guarda durante las últimas semanas, a la espera del sentido que tomaran los últimos acontecimientos, reúne en Alfaiates un notable ejército¹⁰. Cruzaba la raya el 1 de febrero, arrasaba San Felices de los Gallegos y llegaba a Ledesma. Por su parte, Fernando sacó tropas de Zamora, aparentemente para acudir a contener al príncipe, pero marchó en realidad hacia Toro con objeto de provocar un movimiento interno o incitar a Alfonso V al combate, que éste, en minoría de fuerzas, no aceptó (5.II); las tropas castellanas vuelven a Zamora. Pocos días después (9.II), rehuyendo cualquier encuentro con el enemigo, el príncipe Juan llegaba a Toro. También se preparaban tropas castellanas de refuerzo que concentraba la reina en Tordesillas.

¹⁰ L. Suárez Fernández, *La conquista del trono...*, pág. 153, tomando este dato de la Crónica de Alfonso de Palencia, da la cifra de 2.500 jinetes y 15.000 peones. Luis Adao da Fonseca, *Don Joao II...*, da la cifra de 2.000 caballeros y 8.000 peones.

Una primera escaramuza entre castellanos y portugueses se saldó a favor de los primeros, que hicieron prisionero al conde de Penamacor (12.II) tras un encarnizado combate entre dos pequeñas partidas. Pocas horas después, el grueso del ejército portugués sale de Toro, cuya defensa queda a cargo del conde de Marialva, en dirección al sur, refuerza la guarnición de Cantalapiedra, hace una leve tentativa contra Madrigal y, cinco días después de su salida de Toro, toma camino a Zamora, ante la que asentaba su campamento el día 19.

Sorprende a los castellanos que el monarca portugués asiente su campamento en la orilla izquierda del Duero, frente al puente de piedra, desde donde no podía prestar ayuda a los sitiados en el castillo; él mismo se alojó en el convento de san Francisco, en las inmediaciones del puente: dispuesto a evitar una salida sorpresa de la ciudad, construyó fortificaciones y situó piezas de artillería que impiden cruzarlo, además de ordenar derribar una parte de su fábrica.

Quince días permanece ante Zamora, sufriendo un duro desgaste como consecuencia de la dureza del clima¹¹; no se atrevió a meter refuerzos en el castillo, debido a la crecida del Duero, y, falto de víveres, despidió a la mayor parte de sus peones. Fernando permanecía a cubierto en Zamora, mientras nuevas tropas castellanas se instalaban en Alaejos, interponiéndose entre el ejército de Alfonso V y algunas de sus posiciones fuertes, como Cantalapiedra. Hubo negociaciones entre ambas partes, incluso un proyecto de entrevista entre ambos monarcas que, al parecer, fracasó en dos sucesivas ocasiones.

Mientras las tropas reunidas en Alaejos se trasladan a Fuentesauco, a finales de febrero, en una maniobra que amenaza claramente con estrechar al ejército portugués contra el Duero, Fernando ordena abrir minas y puertas a los lados del baluarte inmediato al puente para hacer posible una rápida salida de sus tropas: se trataba seguramente de preparar una acción conjunta que atacase al ejército portugués entre dos fuegos. Para evitarlo, Alfonso V debía tomar la fortaleza, acción de éxito muy poco probable, o retirarse, maniobra sumamente arriesgada dada la proximidad del enemigo, a pesar de los obstáculos dispuestos para impedir una rápida salida de éste.

Se explican así las negociaciones mantenidas para lograr una tregua, que permitiese una retirada airosa y segura, incluso ganar tiempo para que se produjera la esperada invasión francesa. Fallidas aquéllas, ante la amenaza de ver cortados sus suministros, visto el crecimiento de las tropas adversarias en

¹¹ Alfonso V dispone en ese momento de unos 3.500 jinetes y unos 5.000 peones, según Andrés Bernáldez, *Memo-rias del reinado de los Reyes Católicos*. Ed. Manuel Gómez Moreno y Juan de Mata Carriazo. Madrid, R.A.H., 1962, cap. 23, p. 57.

posiciones próximas, y, sobre todo, dado el desgaste experimentado por sus tropas, obligadas a vivir en el campo en durísimas condiciones meteorológicas, Alfonso V envió por delante, lo más sigilosamente que pudo, la mayor parte del peonaje restante y el fardaje, levantó el campamento en la madrugada de 1 de marzo¹², y, al amparo de la oscuridad, inició el repliegue hacia Toro. Sin voluntad alguna de combatir, marcha una gran vanguardia, en la que va el rey, protegida por una fuerte retaguardia mandada por el príncipe Juan, integrada por unas ochocientas lanzas; cierra la marcha un destacamento cuya misión es contener a las posibles avanzadillas castellanas.

Por no estar concluidas las salidas y por el problema del puente, que hubo de ser apresuradamente reparado con madera, transcurrieron más de cuatro horas hasta que el ejército castellano pasó a la orilla izquierda del Duero, ordenó sus filas, para evitar una desordenada persecución¹³, y estuvo en condiciones de iniciar la persecución del ejército portugués, que, a pesar de desplazarse con mucha menos rapidez de la que hubiera deseado, había recorrido entonces unas dos leguas. Marcha el ejército castellano casi en disposición de combate, precedido por una avanzadilla, cuya misión es mantener contacto con el enemigo, obstaculizar su retirada e impedir un choque prematuro¹⁴.

El relieve va a imponer sus condiciones en el desarrollo de la batalla incluso en el hecho de que, efectivamente, se produzca. La orilla izquierda del Duero, entre Zamora y Toro, está constituida por la amplia vega de Zamora, bordeada de elevados cerros que se cierran bruscamente sobre la orilla del río dejando un estrecho paso a la altura de San Miguel, que comunica con la vega de Toro, en que el paisaje se abre nuevamente, donde se asienta Peleagonzalo.

2. El combate

Indudablemente, es en ese punto, en el que las colinas impiden que la vanguardia castellana vea a la retaguardia portuguesa, donde se produce el primer choque. Ante la proximidad de los castellanos y la dificultad de reco-

¹² A veces se sitúa la batalla de Toro en el día 2 de marzo. Probablemente, el error procede de la crónica de García de Resende que da esa fecha, sexta feria; ahora bien, el 2 de marzo fue sábado, no viernes. García de Resende, *Crónica de D. Joao II e miscelânea*. Introducción de Joaquim Veríssimo Serrão, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1973, pág. 11.

¹³ Encomendó esta misión a Gutierre de Cáceres, al mando de doscientos jinetes, para impedir una persecución desordenada, sumamente peligrosa. Fernando del Pulgar, *Crónica....* Vol. 1, pág. 208.

¹⁴ Estas fuerzas avanzadas, que Pulgar dice estaban al mando de un capitán cuyo nombre no indica, no son la vanguardia del ejército castellano que Bernáldez, *Memorias....*, pág. 58, califica de "gruesa batalla de cavalleros" mandada García Álvarez de Toledo, duque de Alba, auxiliado por dos sobrinos políticos, Alfonso de Fonseca, señor de Alaejos y Coca, y Pedro Dávila, señor de Villafranca y de Las Navas. Aunque sitúa tal vanguardia en la marcha me parece seguro que se trata de una parte del ala izquierda del ejército, tal como lo describe Pulgar, y a la que el propio Bernáldez, pocas líneas después, hace protagonista de la primera carga de la batalla.

ger en Toro un contingente tan grande, en poco tiempo, bajo aquella amenaza, el ejército portugués detiene su marcha y adopta formación de combate a la espera de un momento más adecuado para ganar el seguro amparo de la ciudad, o hacer frente al castellano en adecuadas condiciones.

Así, las fuerzas avanzadas castellanas, al salvar los cerros que separan una de otra vega, tropiezan con la retaguardia portuguesa, que se halla en las proximidades del paso con intención de proteger la maniobra de los suyos y, si es posible, impedir la entrada de tropas castellanas en la vega de Toro. El príncipe Juan ordena el ataque sobre aquella vanguardia que vuelve grupos provocando un cierto desorden en las filas castellanas y, sin duda, también las primeras vacilaciones.

Tiene lugar entonces un consejo de guerra de los jefes castellanos, considerando las dificultades del terreno, la adversidad climática -hace frío y llueve copiosamente-, y lo avanzado de la hora, son más de las dos de la tarde, que hará que en muy pocas horas se haga una oscuridad casi total. Al decir de Pulgar¹⁵, se decide combatir atendiendo las razones de Pedro González de Mendoza, una vez comprobado personalmente por el propio cardenal que el ejército portugués no se halla en retirada, sino ordenado para el combate.

Las fuentes de que disponemos permiten una reconstrucción bastante fiable de esta batalla que tiene lugar el viernes 1 de marzo de 1476, primer viernes de Cuaresma¹⁶. El ejército castellano, que Fernando ha sacado de Zamora, cuenta con unos 2.500 hombres a caballo y unos 5.000 peones; el de Alfonso V está integrado por unos 3.500 jinetes, además de los peones que, aunque habían partido en primer lugar de Zamora, habían sido alcanzados, lógicamente, durante la marcha¹⁷.

El ejército castellano forma en tres cuerpos. En el centro, el rey Fernando con gentes de su casa, Enrique Enríquez, mayordomo mayor, guardas reales, tropas gallegas, entre ellas las del conde de Lemos, y de diversos concejos del entorno: entre ellos, Zamora, Ciudad Rodrigo, Medina del Campo, Valladolid y Olmedo. El ala derecha, que avanza con dificultad entre los cerros que circundan la vega, está formada por seis escuadrones de caballería¹⁸; es la parte

¹⁵ Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, págs. 210-211. Argumenta el cardenal que no es posible tomar decisiones en ese momento en que ambos ejércitos no pueden verse; se ofrece a comprobar personalmente, y así lo hace acompañado de Pedro de Guzmán, la situación real del ejército portugués, si se halla en retirada o en formación de combate. En el primer caso, se puede ordenar una persecución y considerar ganado el encuentro; en el segundo caso, volver a Zamora sin combatir, sería ceder la victoria a Alfonso V.

¹⁶ Recoge la fecha Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 207.; la misma fecha, con la anotación indicada, Andrés Bernaldez, *Memorias del reinado...*, es totalmente correcta. Ese año, bisiesto, el miércoles de Ceniza fue el 28 de febrero. Ya hemos señalado el error de Resende.

¹⁷ Una interesante relación de participantes portugueses y castellanos en las filas de Alfonso V puede verse en Humberto Baquero Moreno e Isabel Vaz de Freitas, *A corte de Afonso V. O tempo e os Homens*. Gijón, Trea, 2005, págs. 233-249.

¹⁸ Los mandan Álvaro de Mendoza, en cuya compañía van hombres de confianza de la reina, como Gutierre de Cárdenas y Rodrigo de Ulloa; Alfonso de Fonseca, obispo de Ávila, Pedro de Guzmán, Bernal Francés, Pedro de Velasco y Vasco de Vivero.

menos sólida del ejército castellano, la que va a tener enfrente, precisamente, al ala más fuerte del ejército portugués, la que manda el príncipe Juan. El flanco izquierdo castellano, el de mayor empuje, avanza ordenado, a su vez en tres bloques mandados, el más próximo al río, por el almirante Alfonso Enríquez, el del centro, encabezado por el cardenal Pedro González de Mendoza, y, a su derecha, el que manda García Álvarez de Toledo, duque de Alba, responsable de la primera carga. Entre los escuadrones de caballería se sitúan los peones. Tras esta potente fuerza de choque marchan las tropas que manda Enrique Enríquez, conde de Alba de Aliste, y las mesnadas del marqués de Astorga, que, por ser menor de edad, van mandadas por su tío, Luis Osorio.

El ejército portugués ha adoptado también una formación en tres cuerpos¹⁹. El central, que encabeza el propio rey, con caballeros de su casa, caballeros castellanos de su partido y las tropas del conde de Faro. A su izquierda, las fuerzas mandadas por el príncipe don Juan, no muy numerosas, pero eficaces, reforzadas por espingarderos y ballesteros, y las gentes del obispo de Évora. El ala derecha portuguesa, la más próxima al Duero, está integrada por las fuerzas de Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y tropas de don Fernando, duque de Guimaraes y de don Pedro de Meneses, conde de Vila Real, que permanecían en Toro, encargados de su defensa. Tras ellos se sitúan los peones y, cerrando este ala, las fuerzas de don Juan de Castro, conde de Monsanto.

Al iniciarse el combate, ya bien entrada la tarde, el flanco derecho castellano cede ante el empuje de las tropas de don Juan, con importantes daños, causados especialmente por los espingarderos y la artillería portuguesa. Probablemente el príncipe detuvo a sus tropas porque este ala pudo reorganizarse en parte y volver a la lucha; seguramente éste es el momento en que el príncipe dispone que una parte de sus fuerzas, inicialmente un grupo mandado por Fernando Martins de Mascareñas, reforzado después, a la vista del desarrollo de los acontecimientos, por contingentes de Gonzalo Vaz de Castelo Branco y de Rui de Sousa, puestos todos bajo el mando de Pedro de Meneses, futuro conde de Cantanhede, se instale sobre uno de los altozanos que dominan el terreno, listos ante cualquier eventualidad²⁰: esta maniobra resultará esencial en el desarrollo de la batalla.

El combate más empeñado se da en el centro de ambos ejércitos y, especialmente, en la zona más próxima al río, llana y, por ello, apta para los movimientos de la caballería. El centro del ejército portugués acabó cediendo, aunque fue en su ala derecha donde se produjo mayor desconcierto y el mayor número de bajas, muertos en el alcance, que se prolongó hasta las inmediaciones de Toro, o ahogados en el río cuando trataban de ganar la otra orilla, dado

¹⁹ Luis Adao da Fonseca, *D. João II...*, pág. 39.

²⁰ García de Resende, *Crónica...*, pág. 12.

el embotellamiento que se producía en el puente. En este alcance, cerca del puente de Toro, fue hecho prisionero Enrique Enríquez, conde de Alba de Aliste, que se aventuró en medio de las tropas portuguesas en retirada.

La desordenada llegada de los fugitivos a Toro, las estrechez del puente, las dificultades que plantea el escarpado acceso, absolutamente embarrado, y las puertas de la ciudad cerradas por temor a un golpe de mano castellano provocan un enorme caos durante varias horas. La angustia se incrementó por la total ausencia de noticias acerca del rey que, acompañado de un reducido séquito, para evitar el caótico acceso a Toro, había optado por ponerse a salvo en Castronuño. En esta situación se producen los duros reproches que el duque de Guimaraes, encargado de la defensa de Toro, dirige a los caballeros portugueses que llegan en desbanda sin noticias del rey, se extiende el temor de que los castellanos al servicio de Alfonso V le hayan traicionado, y se abre una insalvable desconfianza entre portugueses y castellanos, letal para el partido juanista²¹.

El príncipe don Juan se mantuvo en el campo toda la noche, replegado en los cerros que había ocupado, recogiendo los restos de su ejército dispersos en el campo. Fernando recogió sus tropas y, aunque el cardenal Mendoza y el duque de Alba hubieran deseado atacar al contingente del príncipe portugués, la total oscuridad de una noche lluviosa lo hizo imposible. Así pues, el ejército castellano, reordenado cuanto fue posible, sin ser hostilizado, inició su retirada hacia Zamora al filo de la media noche. Ya de madrugada, el príncipe ordenó el repliegue hacia Toro, donde halla una enorme tensión, hasta que, ya de mañana, un correo anuncia que el rey se halla a salvo en Castronuño.

3. El resultado

El combate es de extraordinaria dureza, en eso coinciden todas las fuentes, incrementada por las duras condiciones meteorológicas y la oscuridad en la fase final de la batalla y en las horas siguientes; la consecuencia es que se produce un importante número de bajas en ambos bandos, naturalmente de imposible cuantificación, aunque bastante superior en la parte portuguesa, especialmente durante la caótica retirada, hecho habitual en las batallas. Se produjeron escenas de heroísmo, anónimas, pero que dieron a la lucha el carácter épico que tuvo y que conocemos²².

²¹ Un vívida descripción de la situación que se vive en Toro a raíz de la batalla y hasta el amanecer en Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, págs. 216-218.

²² Eran viejas y no restañadas las heridas entre castellanos y portugueses, como tendremos ocasión de comprobar al analizar la interpretación de la batalla, y profunda la rivalidad, como explica Pulgar: “e porque entre los castellanos e portugueses habia la vieja question sobre la fuerza y el esfuerzo de las personas, cada uno por su parte se disponía a la muerte por alcanzar la vitoria”. *Crónica...*, vol. I, pág. 213.

Es el caso del alférez real, Duarte de Almeida, que defendió la enseña real hasta el límite de sus fuerzas²³, y cuyo arnés figuró como uno de los trofeos tomados por los castellanos, junto con otros, no muy numerosos²⁴. Aunque cabe la objeción de ser una noticia elaborada siendo ya rey Juan II, la actuación del príncipe fue brillante²⁵, reconocida por Enrique Enríquez, en el momento de ser presentado como prisionero, en una entrevista, naturalmente dura²⁶, pero profundamente penetrada por las normas de la caballería²⁷. De lo que no cabe duda es que el contingente mandado por don Juan se mantuvo en el campo y se retiró sin ser inquietado.

La batalla de Toro es el acontecimiento decisivo que, de hecho, pone fin al pleito sucesorio aunque todavía se registren hechos de armas, algunos de notable dureza: indudablemente, a partir de este momento el número de partidarios del monarca portugués en Castilla se desploma. La retirada de una parte del ejército portugués, a comienzos de abril, con el Príncipe el frente, y el traslado de Juana a Portugal, porque ningún lugar en Castilla es seguro para ella, son el punto final de una empresa fracasada.

Con certero análisis, Alfonso V entiende que es imposible la victoria sin apoyo francés; en consecuencia, toma la decisión de viajar personalmente a Francia para lograrlo. Mientras tanto, es imprescindible mantener la resistencia del núcleo portugués en el valle del Duero, defendido ahora casi exclusivamente por guarniciones únicamente portuguesas; en última instancia, aquellas villas serían buenos argumentos a la hora de negociar la paz. Es una solución lógica, pero sumamente arriesgada, inalcanzable, teniendo en cuenta

²³ Destacado su heroísmo por castellanos y portugueses, el alférez, gravemente mutilado no murió en combate, sino que, como asegura Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 214, fue trasladado a Zamora. Debía sobrevivir bastantes años porque Rui de Pina lamentará el olvido de los héroes, como éste que vivió pobremente. Rui de Pina, *Crónica de el-rei don Joao II*. Ed. Alberto Martins de Carvalho. Coimbra, Atlántida, 1950, pág. 847. Cit. por Luis Adão da Fonseca, *D. Joao II*, pág. 39.

²⁴ Se capturaron varias enseñas portuguesas, entre ellas el estandarte real, que, sin embargo, no fue conservado en poder castellano. Según Pulgar, una vez tomado y retirado de su asta, fue perdido de nuevo por los que lo tomaron; capturado otra vez, el cardenal Mendoza lo encomendó a dos de sus hombres, que volvieron a perderlo. Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 214.

La cuestión del estandarte real se convierte en un símbolo. García de Resende hace notar que fue llevado al Príncipe por Gonzalo Pires, un escudero de Gonzalo Vaz Pinto, que lo tomó a un Sotomayor castellano, al que hizo prisionero.

²⁵ García de Resende hace una narración muy laudatoria de la actuación del príncipe Juan; no obstante, es exacta en lo fundamental: la permanencia del Príncipe en el campo, aunque no se atreva a perseguir a Fernando, como hubiese sido lógico de sentirse vencedor, la reordenación de las fuerzas portuguesas dispersas y la retirada ordenada hacia Toro, después de tres horas en el campo, que el cronista se siente obligado a explicar al no haber sido de tres días, según costumbre habitual: lo explica por la dureza climática, la necesidad de los heridos y los consejos que logran convencerle. García de Resende, *Crónica...*, pág. 15.

²⁶ Cuando Vasco Coutinho trae prisionero al conde de Alba de Aliste, el Príncipe, tocándole con el cuento de la lanza, le habría ordenado que lo custodiase estrechamente, que no se iría como el conde de Benavente. García de Resende, *Crónica...*, pág. 14.

²⁷ Advertido de la calidad del preso, el Príncipe se disculpa por su actitud, y el veterano conde alaba el excepcional comportamiento militar de aquél. Damiao de Gois, *Crónica do príncipe D. Joao*. Lisboa, Universidade Nova, 1977. Citado por Luis Adao da Fonseca, *D. Joao II*, pág. 40. García de Resende, *Crónica...*, pág. 15.

que con quien hay que negociar es nada menos que Luis XI. La victoria política castellana es, por tanto, indiscutible.

La victoria militar es también castellana, aunque algunos hechos hayan permitido hablar de un resultado indeciso: la mayor parte del ejército portugués se retira desordenadamente, la entrada en Toro es caótica y el pánico general, situación propia de un ejército que huye, y se pierde toda noticia del rey durante varias horas. Fernando reorganiza sus tropas en el campo, toma escaso botín, y se retira a Zamora sin ser inquietado, para impedir cualquier posible contragolpe portugués sobre la ciudad: es la actitud propia de un vencedor²⁸. También es cierto que el príncipe Juan permanece sobre el campo y se retira ordenadamente y en último lugar.

Más expresivo aún del resultado militar es el azaroso regreso a Portugal de grupos dispersos de combatientes²⁹, que sufren todo tipo de violencias, respuesta a las que durante la penetración en Castilla cometiera el ejército portugués en tierra de Sayago³⁰; alguno de estos grupos logró comprar su paso al amparo de algunos de los jefes castellanos. Es una situación que obliga al Consejo a tomar la decisión de regular este paso; tras encendidas discusiones, muy reveladoras, como veremos, de la explicación de la batalla en la mentalidad castellana, se acuerda regular este paso otorgando a uno de los capitanes del duque de Alba el importe de los rescates, como una renta más³¹.

La propia celebración de la victoria por cada una de las partes, es también una prueba del auténtico balance que cada uno hace sobre el resultado de la batalla. La noticia fue transmitida a Isabel, que se hallaba en Tordesillas, en las horas inmediatas, y la reina organizó una solemne procesión, en la que ella participó a pie y descalza, hasta el monasterio de San Pablo³². Lo mismo cabe decir de la solemne visita a la catedral de Toledo y la entrega de los escasos despojos de la batalla, de cuya interpretación más profunda nos ocuparemos inmediatamente, el proyecto de construcción de San Juan de los Reyes, reflejo de Batalha, para conmemorar el éxito, y la declaración del día en que se conmemora la fecha de la batalla fiesta litúrgica solemne³³.

²⁸ "... así volvió el rey don Fernando a Zamora con mucha honra vencedor, e hizo cuenta que en aquella noche Nuestro Señor le avía dado a toda Castilla...". Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado...*, pág. 59. Por su parte, García de Resende, muy favorable al príncipe portugués, como hemos dicho, afirma que Fernando no combatió personalmente y trata de presentar su regreso a Zamora como una suerte de derrota. García de Resende, *Crónica...*, pág. 13.

²⁹ Así lo considera el cronista Pulgar: "...lo qual fue reputado a mayor vençimiento e cayda de los portogueses que la que ovieron el día de la batalla...". Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 221.

³⁰ "... e porque a la entrada en Castilla, con el orgullo que trayan, fizieron algunos robos e fuerças de mugeres en la tierra de Zamora por donde entraron, que se llamava Val de Sayago, los de aquella tierra matavan e prendían todos los portogueses que por allí volvían a Portugal e muchos dellos castravan, por las fuerças de mugeres que avían fecho. Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 219.

³¹ *Idem, Ibidem*, vol. I, pág. 221.

³² Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 218.

³³ Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado...*, pág. 60.

La valoración de la batalla de Toro como una victoria portuguesa se forja en el entorno del príncipe Juan, que, en cierto modo podía afirmar que no había sido personalmente derrotado, y se expresa públicamente con posterioridad al fallecimiento de Alfonso V, apenas iniciado el nuevo reinado, en un claro intento de controlar la memoria de los hechos. En marzo de 1482, Juan II dirige una carta a las ciudades del reino en la que, regulando la celebración de las procesiones de Corpus Christi, Pentecostés y 15 de agosto, ordena que se organice otra, cada 2 de marzo, en honor de Nuestro Señor, la Virgen María, San Jorge y San Cristóbal, con la misma solemnidad que la de Corpus, para conmemorar la victoria en esta batalla³⁴. Su celebración se interrumpe en 1490, acaso como consecuencia de la nueva situación que en las relaciones entre Castilla y Portugal crea el matrimonio de los príncipes Alfonso e Isabel.

La divina retribución

Para la conciencia colectiva castellana, la batalla de Toro se explica desde la memoria, profundamente dolorosa de Aljubarrota, viva casi un siglo después, a pesar de las treguas de 1383, 1402, 1411 y 1423, de la paz de 1431, de la intensa colaboración entre el duque de Coimbra y Álvaro de Luna, de los matrimonios de Juan II de Castilla e Isabel y de Enrique IV y Juana, y de las diversas propuestas matrimoniales que se barajan para Alfonso V, el príncipe Juan, doña Juana, la excelente senhora, los príncipes castellanos Alfonso e Isabel, y los comunes, y a veces antagónicos, intereses en el comercio y las navegaciones atlánticas y la expansión africana. Toro es el reverso de la medalla, el hecho que resarce de la derrota y cierra toda una época, que parecía cerrada, y así debería haber sido, desde la paz de Medina del Campo-Almeirim.

Cuando, después de la batalla, grupos dispersos de portugueses intentan alcanzar su reino, y llegan informaciones de las violencias de que son objeto, el Consejo se plantea qué actitud adoptar al respecto; algunos abogaban por la venganza, recordando las violencias cometidas en el curso de la invasión y resentidos por las pérdidas de parientes experimentadas en Toro. Además, y esto tiene gran importancia para nuestro propósito, recuerdan los sufrimientos experimentados por los castellanos en Aljubarrota³⁵.

³⁴ 1482, marzo, 12. Carta a la ciudad de Évora. *Documentos históricos da cidade de Évora*. Lisboa, INMC, 1998, págs. 368-369. Es el reflejo de un relato de la batalla, en parte coherente con los acontecimientos conocidos, aunque excesivamente favorable a don Juan, procedente de un documento de Évora contenido en la obra citada, págs. 369-370. Citado por Luis Adao da Fonseca, *D. Joao II*, págs. 40-41.

³⁵ Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 219.

Sumamente revelador es la opinión vertida al respecto por Pedro González de Mendoza, el más influyente de los personajes del momento; no importa si fueron exactamente sus palabras las que Pulgar recoge en su crónica, sino que reflejan el modo en que la mentalidad castellana explica la situación³⁶. Apela al sentimiento de la caballería que reputa como hecho de caballeros matar en el combate, pero rechaza la venganza sobre los derrotados que piden clemencia; en el mismo sentido, recuerda que se trata de gentes del común que han venido obligados, respondiendo al llamamiento de su rey, y que si han cometido violencias, son similares a las que los castellanos habrían cometido en sentido inverso.

Recordando Aljubarrota, el cardenal apela a la memoria de su bisabuelo, muerto por salvar la vida de Juan I, y de tantos otros castellanos muertos en aquella batalla; sin embargo, disculpa las crueldades entonces cometidas, “porque dificil es templar el espada en la hora de la ira”, pero considera inhumana la venganza, trascurridos ya diez días del enfrentamiento de Toro. Contraponiendo “vencer”, que es propio “de varones fuertes”, y “vengar”, que, en su opinión, es “de mugeres flacas”, considera que la mejor venganza es “dar vida e libertad al enemigo pudiendo darle muerte e captiverio”. No obstante, no olvida el argumento práctico: si se impidiese la huída, permanecerían en Castilla causando daños, así que “parece que es mejor consejo dar lugar al enemigo para fuir, que darle ocasión para quedar e facer mal”.

La mejor expresión de la explicación que la mentalidad castellana tiene de la batalla de Toro, y de la intervención portuguesa, está constituida por la obra del bachiller de Palma³⁷. Penetrada de providencialismo, tras un somero análisis de la dinastía trastámara, la obra da una explicación de conjunto del problema sucesorio castellano, la intervención portuguesa, la batalla de Toro como divina retribución por Aljubarrota, y la consolidación de la monarquía, cuyo colofón es el príncipe Juan, nacido en Sevilla el 30 de junio de 1478.

La entrada de Alfonso V en Castilla es, para el Bachiller, un gran error del que trataron de disuadir al rey religiosos portugueses, argumentando que con ello se avivaría la vieja enemistad, ahora casi olvidada³⁸, y que aquella

³⁶ Fernando del Pulgar, *Crónica...*, vol. I, pág. 219-220.

³⁷ Bachiller de Palma, *Divina retribución sobre la caída de España en tiempo del noble rey don Juan el primero*. Madrid, Sociedad Española de Bibliófilos, 1879.

³⁸ Subraya el bachiller el carácter de eclesiásticos de quienes tratan de disuadirle de lo que consideran grave error: “porque los males e guerras que avían seydo en otros tienpos entre estos rreynos de Castilla con Portugal estavan ya quasi olvidados e estavan en sosiego e si se fiziese la guerra se despertaria aquella enemistad antigua e seria después muy grave de se apaciguar”. Pág. 28.

enemistad haría que los castellanos admitiesen mejor someterse a infieles que a portugueses³⁹. Naturalmente, la empresa de Alfonso V solo obtiene en Castilla el apoyo de algunos pocos, que merecen la absoluta condena del autor⁴⁰.

Al narrar la visita de los Reyes a Toledo (31 de enero de 1477), describe la llegada en procesión a la catedral, portando las banderas capturadas, el arnés de Duarte de Almeida y un trozo de lanza. Después de la misa, una nueva procesión hasta la Capilla de Reyes Nuevos, donde reposan los restos de todos los reyes de la dinastía trastámara; allí se oficia un responso, se presentan los trofeos y, gesto profundamente simbólico, se cuelgan los despojos capturados sobre la tumba de Juan I, como compensación por Aljubarrota, prevista por Dios en su providente sabiduría⁴¹, y en honor al monarca castellano allí derrotado⁴².

Culmina la obra, después de recoger el nacimiento del príncipe Juan, con una explicación de conjunto de la historia dinástica trastámara, parafraseando el conocido pasaje bíblico del sueño de Nabucodonosor y la visión de la estatua, recogido en el capítulo segundo del libro de Daniel⁴³. La cabeza de oro es Juan I, “porque fue preñado este nombre como oro de las gentes de Espanna”; los brazos de plata son sus hijos Enrique III y Fernando, rey de Aragón; el vientre y los muslos es Juan II; las piernas y los pies, parte de hierro y parte de barro, son Enrique IV.

Aquí sitúa el bachiller de Palma la explicación del problema dinástico que ha conducido a Toro: por el matrimonio del rey con doña Juana, “que commo el fierro con el barro no se puede mezclar, así finó el rey syn que dél fincase nada en su lugar que pudiese suceder después dél”. La piedra, en fin, que destruye la estatua, y que se convierte en un gran monte, es el cardenal

³⁹ “porque según la enemistad antigua de las guerras de Portugal, antes se dexarien sujuzgar de moros infieles, dexandoles guardar la fe catolica, que de gentes de Portugal”. Incluso se manejan razones prácticas como la diferencia de edad: “porque debía bien mirar su hedat, que pasava de quarenta e çinco años e declinava la vejez, e el Rey e Reyna, nuestros sennores estavan en su juventud ..”, pág. 30.

⁴⁰ “e asi mal aconsejado entró con su opinión en estos reynos tomando voz de rrey en la çibdat de Plasencia donde adoleció por algunos dias. E desde ende trabajóse por dadyvas e promesas de atraer a su querer algunos grandes del rreyno e gentes de guerra e no se le llegaron salvo algunos pocos de malos deseos de mal vivir que fuyeran por temor de la justicia del Rey e Reyna, nuestros sennores”, pág. 31.

⁴¹ “E como esta sea la condición del zelo divino, querer que ayan çofrimiento, e lo esperen, para que su divina justicia faga la retribución en tiempo convenible como su grant clemencia asy mismo espera, fasta ser confirmados los pecados de los sus desplazidos fasta la terçera e quarta generacion”, págs. 65-66.

⁴² A modo de oración, recoge el bachiller esta elegía, que no precisa comentario alguno: ¡O noble rrey don Johan, que tan grande desastre e poca ventura oviste, e tanto duelo en el coraçon e vestiduras traxiste, feneçieste, sennor, con aquella lástima e manzilla de ver vengado el tu coraje rreal, e la grande deshonra del rreyno de Castilla esperando en la firme ayuda de Dios eterno, que quiso dexarse para sy la vengança, e él rretribuyrie a ellos en tiempo convenible!. ¡O Rey angustiado, alça agora tus ojos e mira el arnés del alferez e banderas del adversario de Portugal, que captivaron e prendieron los venturosos Rey e Reyna, nuestros sennores, de la tu generacion e legitima posteridad deçendientes; la tu honrra cobrada por sus manos, conplidos son los tus deseos, la gloria e honrra de Castilla es por ellos restituída; folgança te sea en la gloria de Dios, aconpannado de los nobles rreyes tus nietos...”, págs. 69-70.

⁴³ Bachiller de Palma, *Divina retribución*, págs. 75-77.

Mendoza, a quien, según el autor de este opúsculo, el moribundo monarca reveló en sus últimos momentos que su legítima sucesora era Isabel.

Se toma el bachiller una pequeña licencia en relación con el relato del libro de Daniel: la cabeza de oro, pulverizada por la piedra que rodó del monte sin intervención de mano humana, como el resto de los materiales de la estatua, permanece íntegra en su relato; naturalmente esa cabeza que mantiene su integridad, la del reino que permanecerá siempre y no será entregado a otro pueblo, es el príncipe Juan. Con él alcanza plena explicación el proceso histórico que abre Aljubarrota y cierra Toro.